

D. JOSÉ MÁRMOL.

LOS TRÓPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO».)

Y en medio de las sombras
Enmudece lo voz del Peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino
Sobre el *Fénix* (1) se oía,
Que como el genio de la noche huía
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

.....

¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al Mediodía del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibio pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del crucero (2),
Foco de luz que vierte torrentes por doquier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

(1) Nombre del buque.
(2) Constelación del Sur.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza llena de timidez y frío
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamayos, el león y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátíl en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala
Formando pabellones para burlar el sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante
No emana sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey.

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.....

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: «la luz»,
La luz ardiente, roja; cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
Ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan al postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando reciba su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares,
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazón:
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más..... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas
Parecen las ideas del infinito ser
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la virgen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

LAS NUBES.

(FRAGMENTO DE «EL PEREGRINO».)

Gloria á vosotros, vaporosos velos
Que flotáis en la frente de los cielos
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos,
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al través de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su labio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo
Cuando de oro y azul pintáis la esfera
Y derramáis colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonrío
Cuando á la frente cándida del alba
Asomáis con el tinte de la rosa,

Cual el rubor al pálido semblante
De virgen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo,
Se acuerda de su bello paraíso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo;
Y por el hombre siente,
Y se le nubla de pesar la frente
Cuando quedáis en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombría,
Entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso
Que arrastra á meditar el pensamiento
Y agita silencioso
Dentro del corazón el sufrimiento?
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos,
No clavó alguna vez, cuando del día
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid nubes, decid, ¿sois los reflejos
Del alma de mi Dios?..... El rudo crimen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus labios soberanos
Tremenda maldición. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras, rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,
Lanzasteis cual torrente furibundo,
Entre millón de truenos,
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra

En sus ejes rodó; y en todas ellas
No iluminara el sol ni las estrellas
Las sombras del airado firmamento,
Y tan sólo á vosotras en contino
Y rápido volar negras mirara,
Lanzando en torbellino
Á su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y á su semblante, adusto
Al castigar al crimen del perverso,
Asomó la alegría
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro día,
Al decir: «*Basta*» y levantar del arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldición también. Allí vosotras
Al eco de su voz acudís luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego.....
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
Á iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero
Dolorido suspiro en el madero;
Allí también, oh nubes misteriosas,
Pálidas os contemplo y silenciosas,
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el Hombre-Dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? ¿Son sus enojos
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos

Terrible centellando,
Cuando en montes trepáis al firmamento
La recia y ruda tempestad rodando?
¿Ese trueno es su voz? Esa serpiente
De fugitiva luz, ¿es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?
¡Salud, nubes, salud!..... Sí, sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos
Cuando azuláis los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años;
Y tímidos temblamos
Cuando os tornáis encapotados velos,
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazón medita y flota
En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila,
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro imán fatídico arrastrada.

¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla
Del río cuyas ondas arrullaron
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aún infeliz! ¡Aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazón valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazón volviendo

La vista entristecida,
Sus lazos con el mundo desatara!

¡Pero ya un no sé qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondía,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio día!
Así la joven que inexperta siente
La primera impresión dentro del alma,
Sin saber el porqué de sus sonrojos
Teme y evita los extraños ojos,
Y el corazón sin calma,
Por el jardín, perdida,
En las flores se fija distraída.
¡Cuántas veces proscrito y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde extranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa expresión que nunca alcanza
El labio á repetir, el alma mía
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del día,
Desde el arena de extranjeros mares!.....

Hay momentos, oh nubes,
Que misterioso eléctrico fluído
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre con el polvo confundido
Ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y eraís, oh nubes,
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es más espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Más bordadas de fúlgidos destellos.
Allí mi fantasía

Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulces devaneos
Menos os daba mi alma que os pedía.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanación de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo
Cubris los cielos como pardo manto;
Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie cantó, nubes, os canto.

Depeñadas cruzáis el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo,
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos
Sacudiendo sus crines
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
Nos os rindió alguna vez? En el contento,
Ó con el alma en luto,
¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,
Cuando flotáis en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apenas

Soplo sutil á deshacerlas basta,
El corazón dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
Ó amorosa y prolija,
No imaginó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?.....

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,
Ó la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría,
Cuando voláis en densa muchedumbre
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
¿Adónde el alma impía
Que miró sin temor el cielo airado?
¿Qué genio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
¿Qué desterrado, acaso,
En los velos de nácar y záfiro
Que bajáis al ocaso,
No ha mandado á su patria algún suspiro?.....

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscrito bardo
Que vaga peregrino
Y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,
Revelad á su dulce patria bella
Cuánto suspira el corazón por ella:
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto más padece más la adora.

Marzo 8 de 1845.

Á ROSAS, EL 25 DE MAYO.

«Al triunfo, la agonía siguió del moribundo
Al viva del combate, de servidumbre el ¡ay!
.....
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía
De paz y de ventura, de gloria y hermandad.»
JUAN CARLOS GÓMEZ.

I.

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el Oriente
Tinéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente;
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes «¡Veneración!» exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II.

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos sin patria y sin hogares
Á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales,
¿Por qué no les embriaga la salva del cañón,
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales
Y el ruido de las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿Por qué está de rodillas sin vitorearte, ¡oh sol!
¿Por qué como otros días sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III.

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló;
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua sepúltala, ¡por Dios!
¡¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas,
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel;
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él.

IV.

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Qué súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí;
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
Y dinos de sus glorias lo que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños:
¡¡Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!